

ECOS DE UN DEBATE CIRCULAR EN TORNO A LA POSMODERNIDAD

Ernesto Sosa*

El hombre abandonó todo lo viejo
ahora va a estar solo y afligido
quien amó con piedad el mundo pasado
no sabrá ya que hacer con este mundo

Novalis

Desde hace aproximadamente dos décadas empezó a popularizarse un concepto impreciso y que ninguno de sus defensores gustaba de definir: la posmodernidad. Periódicamente surcan los cielos académicos conceptos novedosos que buscan convertirse en herramientas omniexplicativas y que conocen una vida efímera. Hoy prevalece en las ciencias sociales la noción de globalización, que puede ejemplificar cómo una novedad intelectual aparecida en los sesenta –parte de la noción del teórico canadiense Marshall McLuhan quien habló de la *aldeia global* como resultado del desarrollo acelerado de los medios de comunicación– es rehabilitada varias décadas después y hoy forma parte de la jerga de los especialistas en diferentes campos de las llamadas ciencias sociales. A esta estirpe de conceptos pertenece el de posmodernidad, con la salvedad de que, al parecer, no ha menguado su uso en las áreas de literatura, crítica de arte y en general las ciencias sociales y humanidades. Ha habido incursiones en los campos de la ciencia, donde el concepto ha sido rechazado con vigor por una parte de la comunidad científica internacional¹ que ve en la llamada “cien-

cia posmoderna” un caso extremo de “hasta dónde puede llegar una moda intelectual”. Su éxito ha sido tal que la posmodernidad ha devenido campaña publicitaria y negocio, vaciada ya de todo sentido.² Si la posmodernidad empezó a difundirse en los círcu-

rrientes científicas contrarias al método y a los presupuestos científicos tradicionales. La teoría del Caos sostenida principalmente por el físico Ilya Prigogine, la teoría de las Catástrofes del matemático francés René Thom, pero sobre todo los postulados del filósofo de la ciencia Paul Feyerabend, discípulo de Karl Popper, quien preconiza un “anarquismo epistemológico.” El propio Popper contribuyó al posmodernismo *malgré lui*, al sostener que no existen teorías científicas verdaderas, sino sólo teorías provisionalmente no falsas, con ello alimentó uno de los principales consignas posmodernas: “no existen verdades sólo interpretaciones”. La aportación khuniana de paradigma se incluye también en este contexto. Véase Thomas Khun, *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México. 1972.

2 El sociólogo norteamericano Daniel Bell afirma que el término posmodernidad se popularizó en los *culturalati* quienes crearon en la *modernidad cultural* la nueva industria de las galerías, los museos y las revistas de arte, el neologismo *culturalati* puede designar a los consumidores de estos productos culturales. Igualmente hace una clara distinción entre el posmodernismo y el PoMo, una especie de vulgata posmoderna que designa un esnobismo en los ámbitos artísticos e intelectuales que se regodea en el relativismo y el “todo vale”. Sobre la comercialización del concepto menciona: “...un anuncio de página entera del *New York Times Magazine* presentaba tres líneas gruesas horizontales con las palabras *Living Without Boundaries* (vivir sin fronteras) y debajo “SAFARI

* SRE, Instituto Matías Romero.

1 Ver Alan Sokal, “*Tomaduras de pelo filosóficas*”, en *Vuelta* octubre de 1996. Se ha dado en llamar “posmodernas” a las co-

los contraculturales de las opulentas sociedades del mundo industrializado muy pronto comienza a dotarse de rigor académico y se incorpora en la teoría social. El debate en torno a la posmodernidad enciende las pasiones y continua generando batallas tan espectaculares como las que sostuvieron, Habermas como heredero de la Escuela de Francfort y los filósofos franceses a principios de los ochenta. Podemos creer o no en el concepto de posmodernidad, rechazarlo por impreciso y lamentar su trivialización en la escena de los medios de comunicación, sin embargo no es posible cerrar los ojos ante una realidad palmaria: El proyecto moderno presenta síntomas de crisis. Esta parecería una petición de principio, quizá no conveniente en un ensayo que pretende diseccionar el concepto posmoderno. Autores críticos de los abusos de los teóricos posmodernos como el filósofo brasileño José G. Merquior concluye en su libro *De Praga a París* que no hay un sustento sólido que avale la tesis de una crisis cultural endémica de la modernidad. Sin embargo algo nos deja pensando: el diagnóstico de crisis no es nuevo, lo han venido repitiendo desde diferentes posiciones una serie de autores cuyos nombres es difícil pasar por alto en una historia contemporánea de las ideas. Habrá quien mencione a Nietzsche o a Heidegger, o como lo ha puesto de relieve Reyes Mate: el pensamiento filosófico judío en el siglo XX ha defendido muchas de las posiciones que hoy reivindica la posmodernidad.³ En suma, podemos descreer de la posmodernidad pero no es posible ya descalificarla como una moda –en todo caso es moda para quien, ignorando su valor conceptual, la convierte en etiqueta– pues de ser así se trataría de una moda endémica que sería la imagen refractada de la razón frente al espejo, una imagen oblicua de una razón que se pretende lineal y armoniosa, algo así como la *sombra crítica* de la modernidad. Lo anterior no pretende tampoco descalificar a la crítica de la posmodernidad pues en

ella hay argumentos válidos que ayudan a depurar el concepto y son llamadas de atención frente a un desgaste inevitable de quien lo adopta como moda.

La crítica de la modernidad

Un “mapa de la crítica a la modernidad” buscaría describir las diferentes corrientes que actualmente dan por sentado que existe una crisis de la modernidad, cuyas manifestaciones más palpables es el profundo vacío espiritual y moral que viene aparejado con la ruina de muchas de las instituciones del proyecto moderno⁴ y que, a juicio de una buena parte de la *intelligenza*, su agravamiento propicia una situación en la que “está en juego el marco mismo de referencia bioquímica –el marco vital– algunos lo llamarían *mundo de vida*, sobre el que se sustenta la capacidad humana de hacer historia.” ¿Se trata de un pesimismo finisecular consecuente con la posmodernidad o resabios de un historicismo que concibe la historia como decadencia? quizá haya elementos de ambos, pero es imposible dejar de ver –salvo que no queramos hacerlo– signos alarmantes que ya no son meros balbuceos sino realidades concretas, amenazas que se han convertido en hechos. Como dice Homero Aridjis, y creo que dice bien, el apocalipsis de producirse, será obra del hombre.⁵ Antes de pasar al *mapa* crítico de la modernidad me gustaría citar las palabras del historiador holandés J. H. Huizinga quien en los años treinta, en vísperas de los horrores de la segunda guerra hizo un diagnóstico desolador. La cita que transcribo nos demuestra que la percepción de una crisis no es nueva, pero al mismo tiempo estas palabras encierran algo de perturbador y que la filosofía desde hace mucho tiempo ha dicho, pero que en este siglo de campos de exterminio, totalitarismos y colonización del *lebenswelt* por esa razón instrumental que

para hombre de Ralph Lauren, claramente una fragancia posmoderna”. *El fin de la modernidad, Claves de razón práctica* núm. 78, diciembre, 1997, pp. 2-11.

³ Reyes Mate, *Memoria de Occidente, Actualidad de pensadores judíos olvidados*, Anthropos, Madrid. 1997.

⁴ Tomo esta clasificación o “mapa” que aquí sintetizo, del excelente artículo de Luis Armando González “Neoconservadores, posmodernos y teóricos críticos” en *Metapolítica*, I-1, (enero-marzo, 1997), pp. 72-81.

⁵ Homero Aridjis, *Apocalipsis con figuras*, Taurus, México, 1997.

tanto denuncia la posmodernidad, se ha convertido en un grito desesperado: la capacidad de la condición humana para hacer el mal.

Vivimos en un mundo enloquecido y lo sabemos. Por doquier saltan las dudas sobre la solidez de nuestra estructura social, los temores vagos de un futuro inminente, un sentimiento de que nuestra civilización va camino a su ruina. Éstas no son meramente ansiedades sin formas que nos acosan en los momentos de la noche cuando la llama de la vida se quema lentamente. Son las expectativas fundamentadas en la observación y el juicio de una abrumadora multitud de hechos. ¿Cómo evitar el reconocimiento de que casi todas las cosas que alguna vez parecían sagradas se han profanado, la verdad y la humanidad, la justicia y la razón? Observamos formas de gobierno que no son capaces de funcionar, sistemas de producción al borde del colapso, fuerzas sociales enloquecidas por el poder. El rugir de la gran máquina de estos tremendos tiempos parece dirigirse hacia su propia destrucción.⁶

Dentro del mapa confluyen diferentes posturas bajo el sustrato común de una crisis de la modernidad. Estas corrientes difieren en las causas de esta crisis y en las propuestas de cómo enfrentarla y algunas ven en la disolución de los valores de la modernidad un peligro para la permanencia del proyecto capitalista moderno. En primera instancia estarían los *neoconservadores* calificativo que designa a un grupo de pensadores norteamericanos entre otros D. Bell, Y. Kristol, M. Novak, J. R. Neuhaus, (incluyo esta corriente de crítica porque es influyente en el pensamiento actual y uno de sus autores, Daniel Bell es ampliamente citado en este trabajo, aunque debo advertir que se trata de una crítica que, en general, descrea de la posmodernidad propiamente dicha). Estos autores venían a la modernidad en su expresión cultural como un poderoso disolvente de la ética trascendental (las virtudes ascéticas: ahorro, sobriedad, laboriosidad) que el capitalismo requiere para su reproducción. Modernismo y capitalismo tienen un origen paralelo que muy pronto entró en contradicción cuando éste decidió albergar

en su seno las manifestaciones culturales iconoclastas, nihilistas y antiburguesas de la modernidad. Esta corriente se denomina conservadora porque pretende volver a los valores que aglutinan a la sociedad, la moral puritana, la familia. El otro factor de la crisis serían las continuas demandas provenientes de las corrientes del igualitarismo y la justicia social que buscan perpetuar el *Wellfar State*.

La segunda crítica provendría de los autores propiamente posmodernos que arremeten contra la modernidad en su conjunto, cuyo principal mal es el logocentrismo. La razón está herida de muerte porque traicionó su proyecto emancipatorio y en lugar de la sociedad feliz que prometía posibilitó el advenimiento de la sociedad concentracionaria en el siglo XX bajo las formas del stalinismo y el nazismo. La posmodernidad es además de una corriente, una actitud que busca dar voz a la infinita pluralidad de lenguajes, para ello hay que destruir las *metanarrativas* que imponen la razón totalizante y el sujeto y entrar en la pluralidad de *juegos de lenguaje* que permitan la “práctica intersubjetiva”, porque “los juegos de lenguaje no son juegos sino formas de vida. Son conjuntos de actividades lingüísticas y no lingüísticas, instituciones, prácticas y significados encarnados en ellas”.⁷ La posmodernidad descubre el poder de las alternativas y la vitalidad de otros valores como la revaloración de lo pequeño y artesanal como una forma de contrarrestar el infinito universo de lo objetos mudos y prescindibles de la sociedad de consumo, lo micro frente a lo macro o mega de una modernidad desmesurada que origina megaciudades, megaestados, macroeconomías;⁸ la comunidad frente a las sociedades despersonalizadas; la afirmación de diferencias contra la homogeneización que plantea una cultura de masas que se erige como universal. Frente a la locura de un capitalismo desbordado y especulativo en el que las cifras de

6 Colie, R. L., “Johan Huizinga and the Task of Cultural History”; *American Historical Review*, 63 pp. 607-630

7 A. Wellmer, “La dialéctica de modernidad y postmodernidad”, en N. Castillo (comp), *El debate* p. 341.

8 La economía contemporánea parece haber redescubierto el valor de las cosas pequeñas y el atractivo publicitario y de consumo que pueden llegar a tener los objetos manuales “exclusivos”. De hecho el concepto de *tercera Italia* busca explicar el *boom* de las empresas italianas produciendo este tipo de mercancías.

la macroeconomía no dan cuenta del dolor humano que los índices de desempleo o despidos produce –situación que Gianni Vattimo identifica como una típica muestra del pensamiento metafísico.

De hecho la posmodernidad se concibe primordialmente como una pluralidad de tiempos y espacios; una explosión de particularismos donde todo cabe y todo pretende ser incluido. El rasgo distintivo de ese universo conceptual es la desilusión de los valores enarbolados por Occidente; de ahí que sea por definición la mirada hacia lo Otro, una concurrencia no siempre armoniosa de visiones de mundo. Una variante del pensamiento posmoderno rechaza específicamente la filosofía occidental a la que considera como incapaz de pensar las cuestiones fundamentales del hombre. Aquí entronca la destrucción de la metafísica que pregonan Heidegger y sus discípulos y el pensamiento de un filósofo judío que parece haber sido una de las fuentes de autores como Heidegger, Derrida y el filósofo de la alteridad, Emmanuel Levinas: Franz Rosenzweig, quien denuncia la visión abstracta del hombre que ha llevado a cabo el “idealismo occidental” de *Jonia hasta Jena*, es decir desde Tales de Mileto hasta Hegel.⁹ A la razón habría que “humanizarla” combatir su dictadura. Llegar a la razón poética de la que hablaba María Zambrano.

Por último, estaría la teoría crítica heredera de la Escuela de Francfort y principalmente de Adorno, Horkheimer y Marcuse y sostenida por Wellmer, Habermas y Apel, estos autores proponen un regreso a Kant y basan su crítica no en la razón ilustrada en su conjunto sino en la razón técnica o instrumental que reifica, cosifica al hombre y su relación con el mundo. De acuerdo con estos autores ha habido una tergiversación que ha convertido los medios en fines porque la razón instrumental ha colonizado a la razón y se ha convertido en una forma de dominio y sujeción. Frente a esta realidad Habermas propone su teoría de la Acción Comunicativa. Este filósofo alemán se distancia del pesimismo de los autores de Dialéctica de la ilustración sin dejar de reconocer los peligros que entraña la ciencia despro-

vista de códigos éticos y la sociedad entregada a los demonios del consumo y la banalización. A este respecto dice Reyes Mate:

Lo que empobrece la cultura no es que los científicos no sepan por qué investigan sino que eso lo decidan unos pocos, sin que se sepa por qué. Lo que cosifica la racionalización no es que la lógica del dinero domine la economía sino que esa lógica nos acabe regulando... Ahora bien, en la medida en que esas patologías no derivan necesariamente del *destino* de la racionalidad occidental y su diferenciación en lógicas específicas sino que es un fenómeno aislado, cabe reivindicar el viejo ideal ilustrado bajo la forma de racionalización del mundo de la vida y no su sometimiento a los subsistemas dinero y poder. Ahí se abre el programa de la *acción comunicativa*.¹⁰

De estas tres corrientes este ensayo desarrollará primordialmente la segunda, debido a que es indudablemente la que más se ha difundido en esa *vulgata* posmoderna que ha permeado los círculos culturales artísticos y contraculturales.

La posmodernidad

Hay diferentes maneras de visualizar la posmodernidad, desde una perspectiva filosófica sería hasta la banalización del concepto en los últimos años. La posmodernidad puede leerse como un momento de ruptura de los postulados modernos, el término ruptura parece ilustrar gráficamente los llamados cortes históricos- o bien como una moda intelectual que se alimenta de un irracionalismo filosófico de viejo cuño. La mayoría de los autores posmodernos reconocen que este momento de ruptura siente una fascinación por el fragmento y desconfía de las totalidades como realidad y como concepto. Existen innumerables definiciones de posmodernidad, y también una renuencia a definirla, pero el uso masivo e indiscriminado del término sobre todo en la última década ha ido venciendo la resistencia en torno a su definición. Otra de las lec-

9 Reyes Mate, *Ibid*, p. 122.

10 *Ibid*, p. 54.

turas de la posmodernidad es la del pesimismo. Para muchos autores posmodernos, la *kulturkritiker* se transforma en un *kulturpessimismus*. En ello parecería haber una contradicción con la filiación nitzscheana de muchos de ellos. Nietzsche diagnosticó el nihilismo como la única filosofía para el momento de la disolución de todos los valores, pero sus herederos posmodernos ignoraron la fuerza y la vitalidad que emana de su filosofía, trocándola por un sombrío pesimismo respecto a la modernidad. El *amor fati* del autor de *La genealogía de la moral* pasa a convertirse en un escape de la razón que ve la *destrucción de la metafísica* como una especie de mesianismo.¹¹

La crítica literaria norteamericana de los años sesenta y particularmente la obra de Ihab Hassan especificó las características de la posmodernidad: Se trata de un momento antinómico, que asume un desmantelamiento de gran amplitud en el pensamiento de Occidente. Sinónimos de desmantelamiento son “deconstrucción, descentramiento, desaparición, diseminación, desmitificación, discontinuidad, diferencia, dispersión etc. Tales términos expresan un rechazo ontológico del tradicional sujeto en sentido pleno del *cogito* de la filosofía occidental. Expresan también una obsesión episte-

mológica con los fragmentos o las fracturas, y el correspondiente compromiso ideológico con las minorías políticas, sexuales o lingüísticas...”¹² Esta cita interpreta que la posmodernidad aparecería como un proceso de desmantelamiento de los valores que sustentan a la modernidad cuyos precursores fueron los llamados “maestros de la sospecha” pero su difusión generalizada se debió en gran medida a la adopción del concepto en el campo de la arquitectura, como lo señala Daniel Bell:

El primer contacto del público con el término “posmodernismo” fue, sorprendentemente *por* vía de la arquitectura, en la que se utilizó como un claro rechazo del modernismo. Los arquitectos habían empezado a hartarse de la estética de la Bauhaus y Le Corbusier y de las formas austeras y geométricas de Mies van der Rohe, y querían volver al dinamismo de lo vernáculo...¹³

Para este mismo autor, la “moda posmoderna” se vale de ciertas “aportaciones” filosóficas de algunas de los *maîtres à penser* de la filosofía francesa contemporánea, que han proclamado sucesivamente “la muerte del Hombre, la muerte del Sujeto, la muer-

11 Para una crítica del pesimismo posmoderno, un libro indispensable es el de José Guilherme Merquior, *De Praga a París, crítica del estructuralismo y el posestructuralismo*, Fondo de Cultura Económica, México 1989. El libro disecciona el pensamiento de Levi-Strauss, Roland Barthes y Jacques Derrida. Véase también el artículo de Agapito Maestre “La posmodernidad en cuestión” en *Metapolítica*, I-1, pp. 62-71. Respecto al fragmento como una característica de la modernidad temprana que reaparece en la posmodernidad que constituye a la vez un método de aproximación a la realidad moderna y una forma de concebirla, podemos revisar algunos textos de Walter Benjamin, este autor intentó elucidar los orígenes de la modernidad en sus manifestaciones culturales, esfuerzo compartido por muchos de los sociólogos de su generación como Weber, Simmel, Durkheim, Tönnies o Sombart, entre otros. Simmel concebía el fragmento como “los hilos invisibles de la realidad social” que se manifestaban en imágenes momentáneas que deberían observarse *sub specie aeternitatis*. La obra que muestra más claramente el gusto por el fragmento de Benjamin es *Los Pasajes (Das Passagen Werk)* donde elabora parte de su mitología del París del siglo XIX. Ver David Frisby, *Fragmentos de la Modernidad en los trabajos de Simmel, Kracauer y Benjamin*, La balsa de la Medusa, Madrid, 1992.

12 Ihab Hassan, “The critic as innovator” en A. Wellmer, *op. cit.*, p. 53.

13 Daniel Bell, *El fin del modernismo*, en *Claves de razón práctica*, 78, (diciembre 1997), p. 4. Sobre el tema del posmodernismo en arquitectura véase “*Las ciudades del futuro por dos grandes arquitectos, entrevistas a Rem Koolhaas y Frank Gehry*” en *Vuelta*, 239, pp. 28-30 y 32-35. En arquitectura las tendencias “posmodernas” parecen coincidir en una huida del funcionalismo y el brutalismo, corrientes arquitectónicas dominantes en el último modernismo y en un regreso al ornamento que se convierte muchas veces en *pompier* o en abiertamente *kitsch* (en el arte contemporáneo de las dos últimas décadas asistimos a una revaloración del *kitsch*) Generalmente se considera como el primer edificio “posmoderno” al diseñado por Philip Johnson, antiguo socio de Mies van der Rohe, para la empresa AT&T en la avenida Madison de Nueva York cuyo remate es un frontón quebrado de estilo Chippendale. De las últimas muestras de arquitectura “posmoderna” está la obra del arquitecto canadiense Frank Gehry, quien recientemente diseñó el museo Guggenheim de Bilbao, obra polémica que deja ver el más puro estilo del autor. Los diseños de Gehry se caracterizan por una huida de la línea recta y ausencia de centro y perspectiva; “formas descoyuntadas con perpendiculares torcidas.” Libro de referencia obligada en esta materia es el de Charles Jencks, *Qué es el posmodernismo*, o la obra clásica de Robert Venturi, *Aprendiendo de las Vegas*.

te del Autor, la muerte del Significado, la muerte del Yo y la muerte de la Historia". Herederos del pensamiento antioccidental y antiilustrado que se ha asentado en la crítica de la cultura europea desde el romanticismo y que se alimenta de todas aquellas corrientes irracionistas que critican el predominio de la razón y glorifican los impulsos irracionales. En autores como Rousseau o Vicco, la crítica a la modernidad es una búsqueda del origen, es querer hacer *tabula rasa*.¹⁴ Algo similar ocurre en muchos pensadores del siglo XX cuya filosofía es un escape de la razón, la demolición del concepto de hombre y una búsqueda por pensar lo impensado que en algunos casos desemboca en una mística.¹⁵ Una síntesis de la evolución de la posmodernidad, o debiéramos corregir, de cierta posmodernidad logofóbica que condena a la modernidad *in toto* y ve en cualquier forma de progreso un alejamiento cada vez mayor de la sociedad "auténticamente humana" nos la hace este sociólogo norteamericano al que se califica como "neoconservador":

El posmodernismo se ha convertido, en las dos últimas décadas, en un ataque generalizado contra los fundamentos de todo el conocimiento; de la epistemología, la literatura y las artes. Y ha podido hacerlo porque se ha "subido al carro" de una serie de fenómenos filosóficos que se han convertido en centro del "discurso". El posmodernismo se ha servido de los potentes ataques de Nietzsche y Heidegger contra la metafísica tradicional; del pragmatismo de Dewey, con su teoría

14 Un objetivo similar pareciera existir en el moderno concepto de revolución una vez que se ha liberado de su antiguo significado astronómico, pero conservando la impronta de sus orígenes religiosos, y su búsqueda del *hombre nuevo*. Pretensión similar acarician los vanguardistas del siglo XX y también ciertas filosofías que al criticar la técnica y la modernidad en una actitud que podríamos calificar de "logofóbica" se convierten, intencionalmente o no, en exégetas de regímenes políticos criminales. Siguiendo cierta línea de pensamiento irracionista que concibe la historia como decadencia y ve en todas las manifestaciones modernas el predominio del mal, un régimen como el de Pol Pot en Camboya podría ser una realidad consecuente y quizá hasta deseable. Cfr. Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, Fondo de Cultura Económica, México 1995.

15 Véase Ramón Xirau, *Cuatro filósofos y lo sagrado*, Teilhard de Chardin, Heidegger, Wittgenstein y Simone Weill. Y también el libro de Allan Megill, *The Prophets of extremity*.

de la verdad enraizada en la práctica; del antifundacionalismo en la filosofía analítica de Quine y Goodman, que niega los puntos de referencia fijos; y de la revocación de Wittgenstein de su anterior teoría del lenguaje como representación a favor de la idea (con frecuencia malinterpretada) de "juegos de lenguaje".¹⁶

A pesar de estas críticas frontales, muchos aspectos de la posmodernidad que critican los fundamentos modernos son válidos, y esto lo reconocen hasta los más descreídos de la idea posmoderna. El término mismo parece inadecuado y esto ha sido dicho por autores señalados como "posmodernos" y por Octavio Paz.¹⁷ El concepto de posmodernidad, más

16 Daniel Bell *Op cit* p. 3 La crítica del autor a una supuesta mala interpretación del concepto de "juegos de lenguaje" en el llamado *segundo* Wittgenstein, se refiere de manera expresa al pensamiento de uno de los *gurus* de la posmodernidad, el filósofo francés Jean Francois Lyotard.

17 El poeta sostiene que "la crítica, con cierto retraso, ha advertido que desde hace más de un cuarto de siglo hemos entrado en otro periodo histórico y en otro arte. Se habla mucho de la crisis de la vanguardia y se ha popularizado, para llamar a nuestra época, la expresión "la era posmoderna". Denominación equívoca y contradictoria, como la idea misma de modernidad. Aquello que está después de lo moderno no puede ser sino lo ultramoderno: una modernidad todavía más moderna que la de ayer. Los hombres nunca han sabido el nombre del tiempo en que vivieron y nosotros no somos una excepción a esta regla universal. Llamarse *posmoderno* es una manera más bien ingenua de decir que somos muy modernos. Ahora bien, lo que está en entredicho es una concepción lineal del tiempo y su identificación con la crítica, el cambio y el progreso el tiempo abierto hacia el futuro como tierra prometida. Llamarse posmoderno es seguir siendo prisionero del tiempo sucesivo, lineal y progresivo (...) el término *posmoderno* es, más que un nombre, un antifaz", "El romanticismo y la poesía contemporánea", en *Vuelta*, 127, (junio, 1987), p. 26. Me parece que hay una imprecisión en Octavio Paz cuando señala a la posmodernidad como una continuadora del tiempo lineal aunque coincido en que el término es desafortunado y confuso pues toma el nombre de la misma realidad que pretende cuestionar y frente a la cual se proclama como una superación. Paz también señala la imprecisión que los críticos literarios en lengua inglesa cometen con el término modernismo, olvidando el movimiento literario hispanoamericano iniciado por Rubén Darío. Por modernismo ellos entienden el arte de vanguardia europeo y sus ramificaciones en los Estados Unidos. Sobre el modernismo cultural norteamericano Daniel Bell nos dice: "La cultura norteamericana (si dejamos a un lado a la Nueva Inglaterra del siglo XIX y al sur en este siglo....) ha sido una cultura de pequeñas ciudades, protestante moralizadora y anti-intelectual ... Los *modernistas* norteamericanos sólo pudieron haber sur-

allá del uso indiscriminado y superficial, pretende trazar una línea divisoria, una frontera entre dos épocas. La posmodernidad y sus defensores dan por sentado el agotamiento de una forma de civilización y de los paradigmas que la fundamentan y la han constituido. La posmodernidad pone en la picota a la supuesta época que le precede, señala los errores y las deformaciones que el sueño metafísico de la razón procreó. Si asumimos que la posmodernidad es algo más que una moda intelectual y no sólo el producto de un pensamiento que pretende más que formular explicaciones *estetizar* las ideas, debemos reconocer dos aspectos: que el proyecto histórico de la modernidad, de acuerdo con toda una corriente de pensamiento, está en crisis y que tras el tendido de esta línea de separación subyace una crítica frontal de la modernidad.

En este momento se hacen indispensables tres puntualizaciones: en primer término, conceptualizar a la modernidad como la época bajo sospecha, como la generadora de algo que debiera ser superado; como la era en que se plantó la semilla del mal cuyo árbol pernicioso ha crecido y sus frutos envenenados acabaron con el “paraíso terrenal”. Es pertinente aclarar que el término modernidad puede ser tan polisémico y equívoco como el de posmodernidad, con la diferencia de que tiene un mayor *derecho de uso*. En segundo término hay que preguntarse cuándo y cómo se gestó esta crisis y cómo los ataques que la posmodernidad lanza al proyecto moderno se incorporan a esa tradición de crítica que ha acompañado a la modernidad desde sus orígenes. Y tercero, cómo se conforma la “alternativa posmoderna” y si realmente ésta representa alternativa alguna al su-

gido fuera de su país, y sobre todo en Europa: Henry James tuvo que alejarse de Nueva York y de Boston” Lo mismo hicieron los pintores Whistler y Sargent entre toda una generación de estetas que buscaron en la campiña italiana, en el Londres victoriano o en el París *belle époque* una atmósfera más propicia. En este siglo, “Pound tuvo que dejar Idaho, Eliot San Luis y la *lost generation* de los años veinte tuvo que emigrar primero a Londres y después a París. Las pequeñas revistas se atuvieron a ejemplos europeos. “Los pintores desde la *Armory Show*, volvieron asimismo sus ojos hacia París. Y también los compositores pasaron por el obligatorio periodo en el extranjero.” Ver, Daniel Bell, “La vanguardia fosilizada”, en *Vuelta*, 127, (junio de 1987) p. 29.

puesto callejón sin salida en que, según su diagnóstico, se encuentra la modernidad.

Para el filósofo polaco Leszek Kolakowski es difícil conceptualizar a la modernidad y establecer un punto de partida. Las edades históricas y civilizaciones, afirma, citando a Hegel y Collingwood, son incapaces de identificarse y generalmente esta definición acerca de la morfología es factible sólo cuando la civilización se extinguió. Sin embargo pareciera que la edad moderna es la única edad o civilización que ha reflexionado sobre sí misma y, también, caso inédito en la historia, es la única que ha generado su propia crítica.. Esto se debería a una cierta especificidad de la cultura occidental que proviene de sus raíces clásicas y judeocristianas.

Generaciones de sabios se la han pasado preguntando ¿por qué la civilización que deriva conjuntamente de fuentes griegas, latinas, judías y cristianas ha resultado tan incomparablemente afortunada en la promoción y difusión de cambios rápidos y acelerados en ciencia, tecnología, arte y orden social, en tanto que numerosas culturas sobrevivían siglos enteros en condiciones casi de estancamiento, afectadas apenas por cambios casi imperceptibles, o se hundieron en la modorra después de breves erupciones de creatividad?¹⁸

Existen numerosos estudios sobre la supuesta unicidad Occidente y de cómo la *episteme*¹⁹ que surge en la ilustración –punto de partida de la modernidad– hunde sus raíces en la tradición clásica y judeocristiana²⁰ Si aceptamos como válida esta teo-

18 Leszek Kolakowski, “*La modernidad siempre a prueba*” *Vuelta*, México, 1990. p. 13.

19 El concepto de *episteme* es introducido por Michel Foucault para designar “la red de condiciones mentales y culturales que dominan un periodo dado”, se trataría de una versión disfrazada del *Zeitgeist* hegeliano y del concepto *paradigma* de Thomas Khum.

20 En este punto, veáse el ensayo del filósofo italiano Giacomo Marramao en *La secularización de la filosofía*, Giovanni Vattimo compilador, Gedisa, Barcelona, 1994, pp. 153-174. El texto explica la aportación del filósofo judío Karl Löwith, discípulo de Heidegger, crítico radical de las filosofías de la historia y quien detectó el origen hebraico de las nociones de progreso y tiempo lineal. Pero el primero en mencionar las características de Occidente fue Max Weber “quien formuló la idea de que la concepción judeocristiana de la “redención”

ría las nociones de progreso razón y secularización que se entronizan a partir de la ilustración tendrían una matriz religiosa.

Sobre cuándo inicia la modernidad, eso depende, nos dice Kolakowski, del aspecto a partir del cual configuremos a la modernidad. Es decir, habría que establecer cuál es el aspecto del que la modernidad no puede prescindir sin dejar de ser lo que es y rastrearlo hasta su nacimiento, en esos casos la modernidad puede remontarse hasta la alta Edad Media, o bien remitirse tan sólo al siglo XX. Pero si tomamos como base el desarrollo científico, la modernidad partiría del siglo XVII, siglo en el que el conocimiento científico sentó sus bases. La historiografía más convencional señala como punto de partida el proceso que se conoce con el nombre de Ilustración, cuando se inicia el predominio de la razón, la difusión del conocimiento, el imparable desarrollo científico y tecnológico y el abandono de las ideas y principios religiosos. Señalar el comienzo de la modernidad y ubicarlo cronológicamente no resulta un ejercicio inútil porque las críticas a los efectos devastadores de la modernidad o la tensión entre lo viejo y lo nuevo, entre cambio y tradición nos parecen exclusivos de nuestra época. Hay una sensación de “viejo” en los debates de mucho de los presupuestos modernos, como dice Kolakowski:

Experimentamos una abrumadora, y al mismo tiempo humillante sensación de *déjà vu* al seguir –y participar en ellas– las discusiones contemporáneas acerca de los efectos destructores de la llamada secularización de la civilización occidental, la evaporación, al parecer en marcha, del legado religioso y el triste espectáculo de un mundo sin Dios. Se diría que de pronto despertásemos para advertir cosas que los humildes –y no por fuerza muy instruidos– párrocos llevan tres siglos diciendo –y escribiendo al respecto–, renunciando repetidamente en sus sermones dominicales. No dejan de explicar a su grey que un mundo que ha olvidado a Dios ha olvidado la distinción mis-

puede ser la clave que explique la experiencia cultural absolutamente *única* que ha vivido Occidente”. El mismo Weber extrajo el corolario acerca del destino hegemónico de tal “unicidad”, cuya potencialidad racionalizadora, capaz de imponerse a todas las demás culturas, es literalmente incomprensible si se le aísla de su energía interior originaria”, p. 155.

ma entre el bien y el mal, ha hecho que la vida humana no tenga sentido y se ha hundido en el nihilismo. Y ahora nosotros orgullosamente atiborrados de conocimiento sociológico, histórico, antropológico y filosófico, descubrimos la misma sencilla sapiencia, que procuramos expresar en lenguaje más refinado.²¹

Pero volviendo al punto de partida, la Ilustración parece erigirse en el puerto de salida del gran proyecto cuyos efectos y *zagotamiento*? estamos presenciando en las postrimerías del siglo XX. No debo detenerme demasiado sobre la Ilustración, aunque si debo señalar que buena parte de la *kulturkritiker* antimoderna ve en los procesos que desata la Ilustración la génesis de los grandes males modernos. Los pensadores de la Escuela de Francfort conciben la Ilustración como un proceso totalitario en el que desemboca la tajante separación entre cultura y naturaleza. Las luces son el corolario de la lucha contra el mito (los mitos que ofrecen resistencia se convierten en argumentos y de esta manera coadyuvan al proyecto ilustrado) de la desacralización del mundo. El pensamiento calculador, la abstracción, el desarrollo científico como la mano instrumental de la metafísica, son la gran herencia ilustrada y con estas herramientas, sería más correcto llamarlos instrumentos, se cumple el objetivo de la Ilustración: “liberar a los hombres del miedo y convertidos en señores.”

El mito se disuelve en Ilustración y la naturaleza en mera objetividad, los hombres pagan el acrecentamiento de su poder con la alineación de aquello sobre lo cual lo ejercen. La Ilustración se relaciona con las cosas como el dictador con los hombres. Éste los conoce en la medida en que puede manipularlos. El hombre de la ciencia conoce las cosas en la medida en que pueda hacerlas. De tal modo, el *en sí* de las mismas se convierte en *para él*.²²

Sinteticemos, con la ilustración se levantan tres banderas que definen el proyecto moderno: razón, secularización y progreso.

21 Leszek Kolakowski, *ibid* p. 15.

22 Teodoro Adorno y Max Horkheimer, *La dialéctica de la Ilustración*, Taurus, Madrid, 1994, p. 64-65.

Razón

¿Cómo se ha expresado la razón ilustrada, cuáles han sido sus principales manifestaciones y cómo fue colonizando el mundo de vida? En el momento histórico que conocemos como Ilustración se sientan las bases de lo que es nuestra modernidad occidental que después se transformaría en una modernidad universal con su discurso liberador del hombre de la superstición y el mito de la difusión del conocimiento como la gran panacea, porque a decir de Kant, la “Ilustración es la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad”.²³

En un primer momento la razón se subsume a la ciencia y a su expresión más conocida por todos: la técnica. La razón aparece como pensamiento calculador y transformador. Esa razón científica se “presenta tan ambiciosa como la religión y la metafísica que desplaza” y en esto radica su carácter totalitario por que no sólo pretende dominar el mundo calculable a través de la mano técnica, sino que busca penetrar y de hecho lo hace el *mundo de sentido*, irrumpiendo en los campos que tradicionalmente estaban reservados a la filosofía y la religión.

La segunda manifestación de la razón ilustrada, quizá la más evidente y dislocadora de los mundos de vida, es su pretensión universalista. La racionalidad ilustrada se erige en la razón universal, decretando el proceso de madurez y progreso por el que deben transitar todos los pueblos de la tierra. Aquí la razón crea uno de los mitos más crueles que ha servido para justificar el colonialismo y la conquista. La Europa cristiana simboliza el *espíritu del mundo* hegeliano y es el paradigma de lo que debe ser el resto de la humanidad.

Lo que interesa saber es *quién es el sujeto de la Ilustración*. Según Kant sería el *Mensch*, el hombre. Pero si se hurga un poco más se verá que ese “hombre” *somos nosotros los europeos*. Esto significaría que la Ilustración no es la transformación de la humanidad mítica o preilustrada en una humanidad ilustrada sino, más bien, la llegada de un destacamento o avanzadilla de la misma a la madurez. Esa avanzadilla es Europa. El punto es ca-

23 Reyes Mate, *Ibid.*

pital, dado que ese logro histórico (la mayoría de edad de la humanidad) impone deberes y da derechos respecto al resto de la humanidad. Se verá así que el *mito de la modernidad*, que denunciaban los ilustres francfortianos, no se para en un sometimiento del hombre a la técnica y de la razón a la naturaleza sino que va más allá pues cristaliza en una teoría del poderío y en ideología de dominación.²⁴

Un tercer elemento que identifica a la razón ilustrada es aquel que equipara conocimiento y moralidad y establece el supuesto de que el conocimiento científico garantiza la evolución moral del hombre. Es decir éste alcanzará la cúspide de sus capacidades con el desarrollo del conocimiento. Estamos aquí frente a una visión nítida de cómo se concibe el progreso, entendido como una línea ascendente en el que cada momento de la historia es mejor que el anterior y esto es posible gracias al conocimiento que garantiza un dominio cada vez mayor del hombre sobre el mundo; la larga marcha de civilizaciones hacia nuevos estadios de desarrollo humano, que permite el perfeccionamiento de sus cualidades morales. Unida a esta visión providencial de la historia, que pareciera concebida como parte de un historicismo y que las filosofías de la historia convirtieron en dogma, encontramos una cuarta característica: la idolatría del progreso mismo. Una fe ciega en el progreso acompañó el caminar del hombre en los últimos tres siglos. Éste se fundamenta en la “infalibilidad” de la ciencia y se rige por sus leyes. Es casi un lugar común hoy criticar el progreso como la fuente de la desacralización del mundo, del *olvido del Ser* o la deshumanización a la que conduce concebir la tecnología –la expresión más depurada del progreso– como sustituto de la lucidez y no como resultado de la misma. Para los fines que interesan a este trabajo definiré progreso en los términos en que lo ha hecho el pensamiento ecológico. Pensamiento nuevo muy propio de los tiempos que vivimos pero que hunde sus raíces en muchos de los postulados filosóficos que he manejado y que adopta, en algunos momentos, posiciones radicales y de un dogmatismo similar a la noción de progreso que

24 Reyes Mate, *Ibid.*

nes de la continuidad indefinida de la humanidad de la tierra; o aún: incluye en tu elección presente, como objeto también de tu querer, la futura integridad del hombre.²⁶

Otro aspecto pernicioso del progreso es la imposición de una sola visión del mundo. Occidente ha olvidado con frecuencia que nunca hubo un solo foco cultural del mundo, paralelamente se desarrolló una diversidad de culturas en diferentes puntos del planeta y la gran civilización del hombre es una confluencia de ideas y aportaciones.

Uno de los males derivados del progreso es la noción de eurocentrismo, un enfoque que lleva al mundo a una monocultura en torno a los valores culturales e ideológicos de Occidente. El antropólogo Levi-Strauss nos dice que la verdadera contribución que han hecho las culturas diferentes de Occidente no son sus invenciones particulares sino la distancia diferencial que hay entre ellas. El pensador estructuralista cree que los individuos de cada cultura deberían mostrar humildad y agradecer que haya culturas diferentes a la suya. Aquí aparece la tolerancia hacia lo diferente que la euforia del progreso occidental ha impedido. Existe un debate aún inacabado sobre la universalidad de ciertos valores culturales como la democracia y los derechos humanos. Las posiciones relativistas ignoran que muchas prácticas y valores tradicionales tienen un carácter claramente represivo. Muchas veces la tradición puede ser sinónimo de opresión e incluso de crueldad como el sojuzgamiento sexual, el infanticidio o la esclavitud.

Secularización

El fenómeno de la pérdida de mitos en la modernidad ha sido estudiado principalmente por Max Weber. El proceso de racionalización ha impactado no sólo a las sociedades sino también a la cultura y la personalidad del hombre moderno. La sociedad ha sido marcada por la racionalidad y ello ha des-

embocado en que la sociedad moderna se estructure alrededor de instituciones tutelares de Occidente. La desmitologización y su proceso concomitante la racionalización, fueron estudiadas en el libro que se ha convertido en icono del pensamiento de la Escuela de Franckfort y sus herederos: *Dialéctica de la Ilustración*. El proceso secularizador puede conceptualizarse como la progresiva sustitución del pensamiento religioso por principios racionales; en un sentido más amplio constituye la desmitologización que se ha producido en el mundo, particularmente en Occidente, desde hace varios siglos. Fernando Savater nos dice acerca de este proceso,

Desde fines del siglo XVI hasta nuestros días "secularizar" ha venido significando la reducción a la vida laica de los clérigos, el traspaso de las propiedades eclesiásticas a dueños profanos, la ruptura del monopolio papal de la interpretación bíblica, el ocaso de la religión como guía única de la vida, la conformidad con el mundo tras su negación por la fe en lo sobrenatural, la desacralización de la realidad, el desinterés de la sociedad moderna por la religión, la trasposición de creencias y modelos de comportamiento o legitimación desde la esfera religiosa a la secular.²⁷

Los estudiosos del mito coinciden en señalar que la Ilustración sustituyó el mundo mítico por formas de pensamiento racional y esto fue posible por la matriz judeocristiana de nuestra cultura y su cosmovisión de un Dios único separado del hombre que despojó a la naturaleza de su misterio y la convirtió en objeto de explotación: "... Con la invención de ese Dios único la naturaleza quedó a merced de la intervención despiadada del hombre y se constituyeron los principios de una razón instrumentalista, que ha conducido a la incontrollable destrucción de la naturaleza en nuestros días".²⁸ El lamento de Nietzsche en la *Gaya ciencia* "¡En casi dos milenios ni un solo nuevo dios!" puede sintetizar ideas de la abierta crítica al cristianismo que lo anima; la nostalgia de mitos en un mundo desacralizado y sin

27 Fernando Savater, suplemento *Babelia*, julio 1999.

28 Herbert Frey, "El nihilismo como filosofía de nuestro tiempo", en *Theoria Revista del Colegio de Filosofía*, núm. 2, noviembre de 1995, p. 34.

26 Reyes Mate, *Op cit*, p. 266.

trascendencia. El tema de la pérdida de mitos y la entronización del mito ilustrado es una cuestión que han trabajado varios filósofos alemanes contemporáneos, particularmente Odon Marquard y Hans Blumenberg,²⁹ pero también otros como Levi-Strauss y Kolakowski. Estos teóricos coinciden en que los mitos forman parte de la naturaleza del hombre y que éste no puede vivir sin mitos, la prueba de ello es que la propia ilustración generó sus mitos. De acuerdo con Maquard el *polimitismo* propio del mundo premoderno fue sustituido por un *monomito* que secularizó la escatología cristiana, convirtiéndola en la triada moderna de progreso, filosofías de la historia y revolución.

¿Por qué es importante el mito? Pareciera ser la pregunta obligada. Se podría afirmar que los mitos humanizan al hombre y hacen que su mundo cobre sentido. La ausencia de valores que caracterizan a la modernidad y que se ha llamado el nihilismo de la cultura tiene su origen en la pérdida de mitos y su correlato definitivo: la muerte de Dios. En una definición aproximada, la del mito como un proceso *liminal*, se enfatiza que los mitos responden a las preguntas fundamentales del hombre y preservan el misterio de la naturaleza.

Los mitos relatan cómo una situación pasó a otra, cómo se pobló un mundo des poblado, cómo se transformó el caos en cosmos, cómo los inmortales se hicieron mortales, cómo aparecieron las estaciones en un clima que carecía de ellas, cómo la unidad primigenia de la humanidad se escindió en una pluralidad de tribus o naciones, cómo seres andróginos se convirtieron en hombres y mujeres, etc. Los mitos son fenómenos *liminales*: suelen ubicarse en un tiempo o en un lugar que está "entre una cosa y otra".³⁰

La ausencia de mitos ha vaciado de sentido al mundo. El *logos* moderno ha ido despojando al hombre del lugar privilegiado y lleno de sentido que tuvo

29 Para Blumenberg la edad moderna no es sólo la secularización de los fundamentos religiosos sino una época radicalmente distinta. Véase el artículo de Reyes Mate, "Mito, razón y logos en Walter Benjamín" en *Theoria, Revista del Colegio de Filosofía*, núm. 1, julio, 1993.

30 Enciclopedia internacional de las Ciencias Sociales Aguilar, México 1976, p. 150.

en el mundo poblado de dioses. Como ya hemos visto, para algunos autores el monoteísmo fue el principio del fin, pero fue la demolición del cristianismo en la filosofía de Nietzsche el que dio el golpe de gracia a las esperanzas del hombre. La ciencia moderna fue despojando al hombre de sus certidumbres, primero la revolución copernicana desprendió a la tierra de su sol, siglos después Darwin incluyó al hombre en la cadena de las especies y finalmente el psicoanálisis lo despojó de la soberanía de su conciencia. El hombre quedó así solo en un universo misterioso e inconmensurable, emparentado con los animales y ni siquiera dueño de su propio yo. Herbert Frey, retomando a Blumenberg, nos reseña el vacío en el que el hombre quedó en ese paso de la Edad Media a la modernidad.

La Edad Media cristiana se caracterizaba por una visión muy específica del hombre y del mundo. Se creía poseedora de un saber prácticamente indiscutible y natural acerca del mundo y de la historia, la procedencia del hombre y la finalidad de su existencia. No obstante al perderse, a fines de la Edad Media y en el curso de la Era Moderna, la credibilidad de este saber casi incuestionado, no desaparecieron al mismo tiempo las interrogantes a las que dicho saber incuestionado había dado respuesta. En otras palabras, la crisis de credibilidad que sufrieron las grandes respuestas medievales originó un exceso de preguntas, que podría describirse como un sistema de vacíos en busca de nuevos contenidos. Pero aún si en la Era Moderna impera la necesidad de llenar esos vacíos, Blumenberg coincide en este aspecto casi totalmente con la opinión de Nietzsche de que esta era carece de los medios necesarios para encontrar una respuesta adecuada a las interrogantes heredadas de la Edad Media y no logra llenar adecuadamente el marco de los vacíos que le legara el medioevo cristiano. Los equivalentes modernos de los contenidos teológicos medievales son sustitutos deficientes, meros sucedáneos que se aferran a nuestras desmesuradas esperanzas por encontrar un sentido, aparentando su supuesta realización.³¹

Un ejemplo de que el hombre no puede vivir sin mitos es la sociedad de masas en este fin de siglo, que pareciera ser altamente *mitógena*, es decir pro-

31 Herbert Frey, *op cit.*

ductora de mitos, son mitos efímeros creados por el consumo y la banalización de los medios masivos de comunicación. Pero las ideologías políticas que en muchas ocasiones ensangrentaron el siglo XX fueron también sucedáneos de los mitos. El renacimiento religioso y los signos de integrista e intolerancia de algunas religiones o la reedición de fenómenos nacionalistas han sustituido a su vez a las ideologías cuando el socialismo autoritario se derrumbó en Europa del Este. La ciencia y la tecnología han contribuido, como hemos visto, con su desarrollo a la pérdida progresiva de mitos. La ciencia separada del saber humanístico es la manifestación de la razón y ésta es la que confiere el carácter faustico a la modernidad. En la ciencia, que hasta ahora parece seguir un camino propio, hay una lógica transgresora, que en algunos casos parece estar desprovista de ética, en ir siempre más allá en superar todos los límites, ésta *hybris* empieza a tener ya su correspondiente *némesis* no sólo en las consecuencias deshumanizadoras y en los dilemas éticos que generan las innovaciones científicas, tales como la manipulación genética, como también por las graves y quizá irreversibles agresiones al medio ambiente.³²

La forma en que los críticos de la modernidad hoy y sus precursores más tempranos desde el *Sturm und drang* hasta el *zeitgeist* en el que se insertó la generación de 1914 de intelectuales alemanes,³³ han tratado de echar por tierra estos postulados, constituye

Carlos Márquez.



"Les glaneurs", 1999. 150 x 180 cms., acrílico s/t.

De la serie "Perifoneas".

la columna vertebral de toda la crítica. Ya he mencionado en el "mapa contemporáneo" de la crítica a la modernidad los diferentes matices ideológicos que enfrentan entre sí a estas corrientes de pensamiento y las diferentes maneras en que abordan la modernidad. Sin embargo, no está de más reiterar estos talentos y ver algunas otras versiones de esta crítica.

El romanticismo, las vanguardias y las ideologías revolucionarias de la edad moderna, son en gran medida reacciones antiilustradas. Las tres tienen en común ser hijas del espíritu crítico de la modernidad ilustrada. De entre ellas el romanticismo reivindica la tradición, el mito y el héroe como protagonista de la historia. El romanticismo adopta de la ilustración el optimismo acerca del espíritu humano y es el padre ideológico de uno de los grandes males de la modernidad y, también de la "posmodernidad": el nacionalismo, basado en la idea de la comunidad y raza que llevará a extremos criminales en nuestro siglo la creencia en el *Volkgeist*. Las vanguardias harán de la actitud iconoclasta su divisa aunque fascinadas por los frutos del progreso rendirán culto a la máquina.³⁴ La vanguardia futurista

³² En este tema es importante señalar los esfuerzos de una parte de la comunidad científica por vincular el saber científico a las necesidades humanas, que constituye toda una corriente en el pensamiento científico contemporáneo. Los avances de la ciencia y la tecnología han derivado también en una reacción anticientífica preconizada por algunos autores. ¿Cuáles deben ser los límites del conocimiento? O más bien ¿Debe haber un límite en el conocimiento; hay fronteras que la ciencia no debe rebasar? Sobre estos temas. Cfr. El libro de Roger Shattuck, *Conocimiento prohibido*, Taurus, Madrid, 1988.

³³ Véase Francisco Gil Villegas, *Los profetas y el mesías*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997.

³⁴ Los antiguos veneraron al caballo y al barco de la vela; la nueva edad a la locomotora y al paquebote. Probablemente

verá en la locomoción el *Pathos de la Epoca* y verá en la tecnología lo que otras vanguardias verán en el escape de la razón y las ideologías revolucionarias en la destrucción: El nacimiento del hombre nuevo; la búsqueda mesiánica de redención que delata la impronta religiosa y mítica de muchas de las creencias de nuestra modernidad. Una visión de ciclos que supone la ruptura de la linealidad del progreso, un morir y renacer continuo, llámese apocatástasis o eterno retorno, siempre está la nostalgia del principio, del volver a empezar de regresar a la primigenia edad de oro, al salvaje, al puro, al incontaminado, el hombre en su estadio mítico auroral, de ahí deriva quizá el gusto de las vanguardias por el arte primitivo y no occidental; ese sabor arcaico que poseen muchas de las obras modernas. Esta nostalgia del principio se manifiesta en la modernidad desde sus albores, pues a decir de Octavio Paz, ésta comienza con dos restauraciones: el renacimiento y la reforma protestante, la primera es el retorno a las fuentes filosóficas y estéticas del paganismo grecolatino, la segunda, la adopción de elementos del cristianismo original.³⁵

En el caso de las vanguardias hay que destacar su escape de la razón, su rechazo a Occidente, su reconocimiento de lo Otro: lo negro, lo primitivo. Las vanguardias son deudoras de la antropología –ciencia moderna e ilustrada– que había empezado a hurgar, con gruesos ropajes metodológicos ilustrados los pueblos y hombres todavía no incorporados a Occidente.

el poema de Whitman que impresionó a sus seguidores fue el dedicado a una locomotora Valery Larbaud escribió una oda memorable al *orient-express*, “el tren de los millonarios”; Cendras su no menos memorable *prosa del transiberiano*, primeras nupcias de la poesía y del cine. Los futuristas cantaron al automóvil y más tarde se multiplicaron los poemas al avión, al submarino y a los otros vehículos modernos... También los trasatlánticos encendieron las imaginaciones apenas si es necesario recordar la *Óda Marítima* de Alvaro Campos escrita desde los muelles de Lisboa pero también desde Liverpool, Singapur, Yokohama, Harbin. Octavio Paz, “El Romanticismo y la poesía contemporánea”, *Vuelta* 127, (junio 1987), p. 23.

³⁵ “Ruptura y restauraciones” en *Vuelta*.

Epílogo y recapitulación

Decía Hanna Arnedt en *The burden of our time (la carga de nuestro tiempo)* que el resentimiento es la característica efectiva del hombre moderno. De este sentimiento ontológico y metafísico al hombre sólo lo puede curar la gratitud. Un agradecimiento por los escasos bienes que lo acompañan al nacer, desnudo como está de certidumbres descentrado y atónito como lo ha dejado la conquista del pensamiento y los horrores de este siglo.

Una mirada al siglo XX es asomarse al depósito de cadáveres en que la historia se transformó. Quizá habrá quien replique y nos recuerde que la barbarie ha estado siempre presente pero nunca como en este siglo la capacidad para producir el mal fue tan completa y tan cínicamente justificada por las ideologías que la generaron. En este depósito están las víctimas de las ideologías de las Teodiceas de la historia; las víctimas de Auschwitz que pueden simbolizar a todas las víctimas del mal. Bajo el rostro del fascismo y su afán de perpetuar las jerarquías o del comunismo con su consigna de que el fin justifica los medios. El mal como parte consustancial el Ser del hombre, ha adoptado las formas del campo de concentración, del gulag, del hospital psiquiátrico. En Auschwitz, en Moscú, en Phom Penh. Sus víctimas han sido judíos, armenios, bosnios, indios, tutsis, famélicos campesinos, rusos, camboyanos, chinos, víctimas de las guerras y los experimentos sociales.³⁶ El siglo ha sido una gigantesca pira sacrificial en la que se ha consumido el sufrimiento inútil.

Los peores crímenes del siglo –y no sólo del nuestro– han sido cometidos en nombre de los grandes ideales, de las verdades metafísicas. Esto a fuerza de repetirlo acaba siendo una verdad de perogrullo, pero es que la humanidad en abstracto ha olvidado muchas veces que está conformada por hombres de carne y hueso que ríen y que sufren; y no hay momento en que el *hombre sea más hombre* que cuando

³⁶ Según un libro recientemente publicado, se calcula que alrededor de 30 millones de personas murieron de hambre en China a principios de los años sesenta como resultado de los experimentos de la llamada revolución cultural.

sufre porque el sufrimiento nos hace ver al otro en su infinita indefensión.³⁷

En una entrevista Emmanuel Levinas, el filósofo de la alteridad y la tolerancia –quien afirma que en el rostro del hombre, en su mirada, está la huella del sufrimiento y la súplica. Una súplica que expresa más el rostro que el lenguaje y que musita *no me mates*– afirma que no sólo el rostro sino también la nuca de una cabeza vencida, en la fila que arrastra la humanidad de los parias de un régimen totalitario que preguntan por sus familiares deportados. Ahí también es posible observar la pesadumbre del hombre vencido. Su dolor.³⁸

Nadie puede negar –y más allá de creer o no que vivimos en el peor de los mundos posibles que el siglo XX arroja un saldo atroz de crímenes e intolerancia; es de ésta conciencia que surge “la reparación humanitaria”. La reivindicación de la víctima es uno de los rostros de la posmodernidad, aquel pensamiento que rechaza el cálculo y que niega que el vacío que deja un hombre que muere puede ser llenado tan instantáneamente como la operación de poner un número en lugar de otro. Si el progreso del que hablaba Renan en *El porvenir de la ciencia* era la creencia en que el uno se sumerge y se funde en todo de una humanidad que camina rumbo a la perfección, la posmodernidad recuerda al hombre solo en su absoluta singularidad. La víctima no es reemplazable, deja un hueco que no se llena. Sólo una modernidad que posibilitó el exterminio de seres humanos en masa puede enarbolar, así en abstracto, el concepto de humanidad, como los huevos prescindibles que pueden quebrarse en la universal tortilla de Lenin.³⁹ La modernidad y su carga desmitificadora y racional puede tener como epílogo una sombría frase de Max Horkheimer: al cono-

cimiento sólo le basta un campo de concentración.

Lo que presento en este ensayo es una síntesis de las vigorosas resonancias del eco de un debate sobre el que se ha escrito y se sigue escribiendo una enorme cantidad de libros y artículos y continúa como uno de los grandes temas de nuestro tiempo. Existen muchas aristas y puntos a tratar, yo no he pretendido ser exhaustivo y me he concentrado en aquellos puntos que a mi juicio pueden configurar este concepto nebuloso y omnipresente. Debo afirmar, por último, que la modernidad, desde sus más tempranas manifestaciones, ha albergado en su seno una crítica que puede constituirse en una especie de contrapuntos y que se han convertido en verdaderos sistemas filosóficos o en actitudes de vida. De la filosofía de Nietzsche a la contracultura de los años sesenta hay una misma línea de pensamiento, pero antes del autor de *Genealogía de la moral*, es posible seguir el rastro y entroncar con vertientes de pensamiento que ya criticaban la pérdida de mitos y buscaban la raíz del hombre moderno, no es por ello de extrañar que muchos poetas hayan resentido su pérdida y en el lamento de esta ausencia, esté el origen de su filiación antimoderna, expresada muchas veces en actitudes políticas conservadoras o en formas de vida aristocráticas. Para Heidegger el Ser adviene en el decir poético; la esencia de todo poetizar se devela para el filósofo alemán en las visiones de Hölderlin, Rilke o Trakl. El poeta de la modernidad no encuentra su lugar en el mundo.

37 Emanuel Levinas, Archipiélago, Cuadernos de crítica de la cultura núm. 12, 1993.

38 Vasili Grossman cuenta en *Vie et destin* como en la Lubianka, en Moscú, ante la famosa ventanilla en la que se podía entregar cartas o paquetes a los familiares o amigos de los detenidos por *delitos políticos* u obtener noticias suyas, las personas hacían colas leyendo, cada una en la nuca de la persona que la precedía, los sentimientos y las esperanzas de su miseria... en ella se lee toda la debilidad, toda la mortalidad desnuda y desarmada del otro. Emmanuel Lévinas, “El otro utopía y justicia en Archipiélago”, *Cuadernos de crítica de la cultura*, *op cit.*

39 Algunos pensadores judíos han denunciado los riesgos de hablar de la humanidad en general y no del hombre en particular. F. Rosenweitz afirma que nunca se han cometido más crímenes que cuando se ha hablado de los derechos de la humanidad. (Reyes Mate) Por otro lado, es un hecho que el pensamiento ilustrado adoptó la noción de humanidad designando a los sujetos libres y racionales que tenían una igualdad por encima de sus diferencias particulares. Esta doctrina surge del iusnaturalismo del siglo XVII y es retomada por Kant. El romanticismo y el siglo XIX en su vertiente antiilustrada con figuras como De Maistre y Savigny retoman el concepto de *Volkgeist* y rechazan la doctrina del derecho natural. Ambas posiciones se ubican en el debate sobre la existencia o no de valores universales. Cfr. *¿Dónde están los bárbaros?* En Kolakowsky *op. cit.*. El mismo filósofo polaco sostiene que al pensar en la humanidad estamos dejando atrás el *hombre concreto* del marxismo. El bien y el mal y los imperativos morales de la humanidad no está sujeto a casos históricos ni a situaciones de excepción.



Carlos Marañez.

De la serie "Perfumes".

"Nota roja". 1998. 180 x 150 cms., acrílico s/t.